

El siglo de la revolución humanística

JOAQUÍN GUTIÉRREZ CALDERÓN

Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia

I. PRELIMINARES: FILOLOGÍA Y FILOLOGÍAS.

Decía Petrarca en la carta dedicatoria de su *De vita solitaria* que el hombre era un animal dañino, variable, desleal, hipócrita, salvaje y sanguinario, a no ser que hubiera aprendido («raro regalo de Dios») a vestirse de humanidad y a despojarse de fiereza. Y esa tarea de erudición, de eliminar las rudezas animales, ese vestirse de humanidad, se lograba mediante el cultivo y el estudio de las letras. Partiendo de esa idea los filólogos de la generación siguiente, la de Coluccio Salutati, y los de la siguiente a la de Coluccio, la de Leonardo Bruni, comenzaron a llamar *studia humanitatis* a la labor erudita del gran maestro aretino. Así fue como *humanitas* (sobre todo en plural, «humanidades») y filología empezaron a sentirse como palabras de alguna manera sinónimas.

Ciertamente, la filología del Renacimiento, surgida, como la alejandrina (la pionera), del oficio de los poetas, a diferencia de ella, se arrogaba una misión que trascendía del límite de los textos: dejaba de ser un mero arte de lectura para convertirse en una vía de perfeccionamiento moral y un medio para la formación de hombres. No era, desde luego, la primera vez que el centro de la diana de los estudios filológicos se apartaba de la explicación de las obras (ya en la Antigüedad, los críticos de la Pérgamo atálida se habían sentido más atraídos por las curiosidades accesorias a los textos que por los textos mismos), pero sí era una novedad que el fin último del arte filológica se situara no en el objeto de investigación (cualquiera que fuera su naturaleza), sino en el propio sujeto que la emprendía.

Hacia tres metas distintas, según puede deducirse de lo dicho, se ha orientado históricamente el quehacer filológico; y, como los fines son inseparables de los medios, hay, por tanto, tres maneras distintas de entender la disciplina: una, la formativo-pedagógica, la humanista, vuelta de alguna manera hacia el propio filólogo o hacia el estudiante (con su tratamiento, puesto que ella alienta el espíritu de la filología alemana del siglo XVIII, concluirá nuestra exposición); y otras dos, vertidas hacia fuera, centradas ambas en las cuestiones que se estudian. De entre estas últimas, la –por así decirlo– pura, la que sigue el modelo alejandrino, se agota en el restablecimiento y la explicación de los textos; y la otra, la filología al estilo pergameno, se interesa por cuestiones ajenas a las obras, aunque suscitadas por ellas. La lucha entre estas dos corrientes antagónicas queda ejemplificada en la *Historia de la filología clásica en Alemania* (1883) de Konrad Bursian con la controversia mantenida por dos filólogos nacidos a finales del XVIII: Hermann, que encarnaba la filología «de las palabras», y Boeckh, partidario de la filología «de los objetos».

Gottfried Hermann defendió la primacía de la lengua y las obras en el ámbito de los estudios filológicos. Consideraba el lenguaje como la fuente de la que emana el conocimiento de lo antiguo. La literatura y la comprensión de los textos conservados constituían pues el fundamento del estudio de la Antigüedad, cuyo cometido habría de consistir en interpretar el sentido y la forma de las obras, los procedimientos narrativos, la estructura de una composición, sus virtudes y tachas, en tanto que las informaciones y datos históricos estaban supeditados al entendimiento del texto. Por otra parte, tampoco creía en una gran ciencia que abarcara todos los saberes sobre el mundo antiguo; así que se mostró escéptico frente a la *Altertumswissenschaft* (Ciencia de la Antigüedad) diseñada por Friedrich August Wolf y defendida por sus seguidores y muchos de sus discípulos. August Boeckh, uno de ellos, se opuso frontalmente

a Hermann: situaba el objeto primario de la filología en «las cosas», para cuyo conocimiento, eso sí, la lengua y los escritos constituían el medio más apropiado. Pero, desde luego, no creía posible explicar las palabras y el pensamiento de un autor sin antes conocer la historia. Trató de transformar la práctica de Wolf, su maestro, basada en un conjunto disperso de reglas de interpretación eminentemente pragmáticas, en un cuerpo científico dotado de leyes fijas y fundado en una teoría general. En *Enciclopedia y metodología de las ciencias filológicas* consideraba la filología como «universae antiquitatis cognitio historica et philosophica». Se trataba, por tanto, de una ciencia única y armónica de carácter histórico y filosófico, y no podía quedar definida por una enumeración discontinua de saberes dispares y heterogéneos.

Efectivamente, la filología de Wolf resultaba ser una amalgama de saberes: en *Prolegómenos a las antigüedades griegas* (1787) describía su *Altertumswissenschaft* como «el conjunto de conocimientos que con los hechos, la ordenación política y la literatura de los pueblos antiguos nos informa sobre la cultura, sobre la lengua, las artes, las ciencias, las costumbres, la religión, las características nacionales». Dentro de esa gran Ciencia de la Antigüedad había que distinguir (precisaría posteriormente, entre 1785 y 1799, en *Enciclopedia filológica*) tres categorías de ciencias, las históricas, las filológicas y las mixtas de ambas, de tal manera que, en última instancia, filología (clásica) venía a equivaler a conocimiento de la Antigüedad greco-latina. Wolf pensaba que tal conocimiento lo constituían veinticuatro materias: unas especiales, la doctrina lingüística o gramática, la hermenéutica y la crítica (además de la estilística), y otras subsidiarias, especializadas en el estudio de objetos concretos e individuales, como la epigrafía, la arqueología, la numismática y un largo etcétera.

Muchos autores habían estado y habrían de estar del lado de la filología de «los objetos»: la concepción de Boeckh la asumirían (ya en el XIX) filólogos como Karl Müller o Friedrich Haase; él, a su vez, había partido de Wolf; Wolf seguía a su maestro Christian Heyne y a Winckelmann, quien, por su parte, se inspiraba en su admirado Johann Matthias Gesner y en Joseph Justus Scaliger (muerto a principios del XVII). Si exceptuamos a unos pocos estudiosos, como el holandés Pieter Burmann, inclinado todavía a un estudio de los autores consistente, a la vieja usanza, en la lectura y la imitación de los clásicos, o como el suizo Daniel Wyttenbach, para quien la filología era el arte de restablecer y explicar los monumentos literarios, o como August Immanuel Bekker, quien, a pesar de haber sido el discípulo favorito de Wolf, no sentía el menor entusiasmo por la *Altertumswissenschaft*, si exceptuamos –decimos– a los citados autores y a pocos más, que, como ellos, defendieron el estatuto de una filología «de las palabras», podemos afirmar que la mayoría de los teóricos del siglo XVIII fueron partidarios de la ciencia filológica «de lo real». Sin embargo, muchos otros, muchos de los que no teorizaron sobre la filología, de los que no hablaron sobre ella, sino que se consagraron exclusivamente a su ejercicio, parecen más bien haber seguido el camino de la «gramática de las palabras», empezando por el gran maestro inglés Richard Bentley, siguiendo por el excelente editor de la comedia griega, el también británico Richard Porson, y terminando por el fundador de la crítica textual moderna, Karl Lachmann, quien siempre consideró a Hermann su *pater studiorum*.

Ahora bien, conviene precisar que la división entre ambas formas de entender la filología apuntada por Bursian no es tan clara ni tan simple: baste con decir que un filólogo «de las palabras» como el citado Bentley era capaz de desplegar (por ejemplo, en la *Epistula ad Millium* o en la *Disertación sobre las epístolas de Fálaris*) una erudición y una formación histórico-filosófica casi ilimitadas y que, por la otra parte, un filólogo «de los objetos» como el también citado Wolf alcanzó a reconocer en la *Ilíada* los rasgos característicos de un poema compuesto en parte por obra de la tradición oral.

Pero, en fin, lo cierto es que las tareas consideradas por unos y otros propias de los estudios filológicos, salvo alguna que otra variante (como la inclusión de la poética y en algunos casos de la traducción), encajan bastante bien en la división de la Gramática que hiciera

(nada menos que en el siglo II a.C.) Dionisio Tracio, aquella famosa de: lectura cuidada (ἀνάγνωσις), explicación de los giros literarios (ἐξήγησις), aclaración de las palabras oscuras (γλώσσαι) y de los relatos extraños (ἱστορίαι), descubrimiento del origen de las palabras (ἔτυμολογία), estudios de las formas lingüísticas (ἀναλογία) y crítica de los poemas (κρίσις ποιημάτων). Esa misma clasificación, con apenas un retoque (el tratamiento conjunto de las glosas y la etimología, así como el de la explicación de los giros literarios y de los relatos extraños), guiarán el curso de nuestro análisis de la filología del siglo XVIII, un siglo que Rudolf Pfeiffer contraponía al XVII en estos términos:

«El estudio de los clásicos [...] durante el siglo XVII llevó una vida modesta y reposada. Si resulta correcto llamar a ese siglo la época de la revolución científica, el siglo XVIII puede ser descrito como la época de la revolución humanística. Las obras maestras de la literatura clásica produjeron una vez más una milagrosa reanimación del espíritu, como en tiempo de Petrarca».

II. LOS TEXTOS Y SU LECTURA.

Evidentemente, las dificultades que entrañaba la lectura de los papiros para los gramáticos antiguos no se daban ya en la de los códices y *editiones principes* con que se encontraron los filólogos del siglo XVIII. La interpretación de los documentos transmitidos por las inscripciones no plantea, desde luego, la misma clase de problemas; pues, al tratarse de textos grabados en materiales rígidos (piedra, bronce, etc.), lo que llegó hasta los epigrafistas que los estudiaron no eran, por lo general, copias, sino originales; y, por tanto, no habían sufrido transliteraciones, ni cambios de soporte y sólo muy raramente desplazamientos de lugar. Los textos epigráficos no le aportan a la filología un material de primer orden, sino más bien subsidiario. No obstante, ya desde la Antigüedad llamaron la atención de los eruditos más interesados por las curiosidades históricas (como el anticuarista Polemón de Ilión). Es más, Wytttenbach consideraba las inscripciones, junto con los escritos literarios, las monedas y las obras corpóreas, una de las cuatro categorías de monumentos legados por los antiguos. También Boeckh insistió en el gran valor de las inscripciones para la *Altertumswissenschaft*; de ahí que la Academia de Berlín emprendiera la publicación del *Corpus Inscriptionum Graecarum*, que constituye la base de la epigrafía moderna. Theodor Mommsen sería, por su parte, el encargado de organizar y reunir, perfeccionando el método de Boeckh, el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, que venía a sustituir al *Corpus inscriptionum antiquarum* de Janus Gruter, manual de referencia hasta entonces. Con la labor de Boeckh y Mommsen, en el terreno del griego y del latín respectivamente, quedaba fundada la epigrafía moderna, que había empezado a dar sus primeros pasos de la mano de Joseph Justus Scaliger.

Sin embargo, la lectura de los textos epigráficos presenta, aparte de las dificultades propias del estado de conservación de documentos muy antiguos, alguna que otra en común con los transmitidos en papiro y pergamino, por ejemplo el uso de abreviaturas o la práctica de escribir sin separación de palabras. La *scriptura continua* griega, impuesta también entre los latinos, le confería al texto antiguo la apariencia de una sucesión de columnas perpendiculares al rollo (*volumen*) constituidas por un grupo de letras compacto que sólo se interrumpía al concluir un apartado del tratamiento. Ese uso se había mantenido al cambiar el soporte de escritura, cuando el rollo de papiro se fue sustituyendo (desde el siglo I p.C. hasta el IV) por el códice membranáceo. Sin embargo, a partir del siglo VI los monjes irlandeses, precisamente aquellos para quienes el latín era una lengua de Cultura meramente escrita, comenzaron a sentir la necesidad de diferenciar las unidades lingüísticas mediante el uso del blanco de escritura. En la medida en que el latín se fue haciendo, también para los eruditos continentales, una lengua

muerta, la costumbre insular de separar las palabras al escribir se fue implantado (desde el siglo VIII) en toda Europa, de manera que ya en el XI era difícil encontrar códices que no hubiesen abandonado el uso de la *scriptura continua*. Además, se habían introducido, también en los monasterios de las islas británicas, otros ingenios gráficos que facilitaban la lectura a primera vista, que hacían innecesaria la *praelectio*, como la inserción del guión de corte de palabra en el margen derecho de la línea (generalizada en el siglo X) o el uso de letras capitales (*litterae notabiliores*) para marcar el comienzo, primero, de los grandes apartados, después de los párrafos y finalmente de cada frase. Por otra parte, aunque la Antigüedad ya había conocido algunos (pocos) signos de puntuación, su ampliación y la generalización de su uso fue un logro del Renacimiento carolingio, heredero en buena medida de la erudición insular.

En suma, la tradición ecdótica había ido innovando recursos que facilitaban considerablemente la lectura y la consulta de las obras; y, en consecuencia, los eruditos del XVIII estudiaban unos libros escritos según unas convenciones gráficas muy parecidas a las actuales. Es más, desde la implantación de la imprenta hasta entonces se había editado a la inmensa mayoría de los clásicos (si bien a lo largo del siglo aparecieron tres documentos de gran valor: los *Caracteres* de Teofrasto, hallados en 1743 por Prosper Petronius en la Biblioteca Vaticana, el *Codex Venetus A* del texto y los escolios de Homero, descubierto y editado en 1788 por Jean-Baptiste de Villosion, y el himno homérico a Deméter, encontrado por Christian Friedrich von Matthaei en 1777 ¡en una granja!). Pues bien, aquellos textos que constituían el objeto de los estudios del XVIII (con excepción de las inscripciones y de los escasos papiros aparecidos antes del XIX) se habían ido transmitiendo, generación tras generación, durante siglos: desde que se escribieran hasta quedar plasmados en los códices de los que fueron saliendo (a partir de 1500) las nuevas ediciones impresas. Como hemos apuntado, el rollo de papiro original había dado paso al códice (de papiro, de pergamino y, más tarde, de papel), un vehículo capaz de contener cinco veces más texto que el *volumen*. En el cambio de soporte, como sucedería después con las distintas transliteraciones, no es sólo que pudieran introducirse numerosos errores, sino que también se producía inevitablemente una selección: con toda probabilidad hubo obras que no pasaron del rollo al códice, del mismo modo que textos escritos en capital romana nunca llegaron a copiarse en uncial o en minúscula.

Pero, además, la filología, desde finales del siglo XVII, emprendió el estudio de códices que le planteaban al lector unas dificultades hasta entonces desconocidas: en 1692 el francés Jean Boivin descubrió en la Biblioteca Real de París el llamado *Codex Ephraemi*. El manuscrito, en piel de buena calidad y de unos 31 por 22 centímetros, había llegado a Florencia a la caída de Constantinopla, y de allí Catalina de Médici lo había trasladado a París, donde finalmente pasaría a formar parte de los fondos de la Biblioteca Nacional. Su texto, que, escrito en torno al siglo XII, correspondía a los tratados, traducidos al griego, de san Efraín de Siria, estaba parcialmente borrado a causa de la decoloración de la tinta y del mucho uso. Bajo él Boivin y otros especialistas, como el paleógrafo Bernard de Montfaucon, descubrieron las marcas de los trazos de otro texto, que resultó ser una *Biblia griega*, escrita a una columna en torno al siglo V: un mismo códice contenía dos obras, una (la escritura inferior) más antigua y borrada para reutilizar el soporte, sobre el cual se había escrito, siete siglos después, una segunda. El *codex Ephraemi* era el primer palimpsesto que salía a la luz. Pero el primer texto clásico conocido sólo a través de un *codex rescriptus* lo encontró el teólogo suizo Johann Jakob Wettstein (aunque no acertó a atribuirlo correctamente) entre 1715 y 1716: al *Codex Claromontanus*, un manuscrito griego del siglo VI de las *Epístolas* de san Pablo, se le habían añadido dos hojas procedentes de otro códice del siglo V. Una vez borradas, se habían utilizado para completar el texto paulino, pero en su infraestructura se ocultaban unos fragmentos fundamentales del *Phaethon* de Eurípides. Desde principios de siglo habían ido apareciendo numerosos palimpsestos. En la Biblioteca Capitulare de Verona el marqués Scipione Maffei

descubrió varios, entre ellos (además de la no palimpsesta) la parte palimpsesta de las *Institutiones* de Gayo (no identificada hasta 1816). El historiador Bartold Niebuhr, un experto ya en la lectura de esta clase de códices, lograría descifrar, gracias al uso de un reactivo, la escritura inferior (la superior la ocupaban las *Cartas* de san Jerónimo) del citado palimpsesto de Gayo, que, para colmo, en algunas partes era *ter scriptus* (es decir, incluía dos infraestructuras superpuestas). El primer especialista en el uso de tales reactivos había sido Angelo Mai, nacido en el último tercio del XVIII, quien, mediante un tratamiento con ácido gálico, extrajo de un palimpsesto Ambrosiano, bajo el texto del *Libro de los Reyes*, lo único que conocemos de la *Vidularia* de Plauto y de un códice Vaticano del comentario a los salmos de san Agustín ni más ni menos que *De republica* de Cicerón, hasta entonces desconocido casi en su totalidad. Ya desde principios del siglo siguiente se fue haciendo común el recurso a los procedimientos químicos, que permitieron leer buena parte de las escrituras inferiores de los palimpsestos, pero que terminaron deteriorando irremediablemente muchos códices, hasta el punto de hacerlos refractarios a otras técnicas, en principio, menos agresivas, como el empleo de la fotografía ultravioleta. En consecuencia, si a la ya de por sí enorme dificultad que conlleva la lectura de estos textos se suma que en muchos casos sus hojas quedaron teñidas por efecto de los reactivos aplicados, se entenderá bien que un filólogo como Wilhelm Studemund se dejara la vista en el empeño de leer el palimpsesto Ambrosiano de Plauto, cuya edición quiso encabezar con una elocuente cita de Catulo «ni te plus oculis meis amarem [...]» («si no te quisiera más que a mis ojos [...])»).

Pues bien, a los accidentes propios del cambio de soporte y del proceso de copia añádase que los libros mismos muy a menudo se habían ido trasladando de un sitio a otro (como se ha podido comprobar con el caso del *Codex Ephraemi*). Pocas noticias tenemos de los caminos que los llevaron desde sus lugares de venta y difusión en la Antigüedad hasta los centros encargados de su reproducción en la Edad Media; pero sí que sabemos de los *scriptoria* medievales en que se copiaron textos clásicos: primero, en los monasterios de Irlanda y de la isla británica; luego, en los centros carolingios, nacidos de las necesidades de la administración y de la expansión de las misiones irlandesas y sajonas (Corbie en Picardía, Corvey en Sajonia, Saint Gall y Reicheneau cerca del lago Constanza, Fleury y Ferrières en Orleans, Tours a las orillas del Loira, Bobbio en Pavía, Fulda en la zona meridional de Alemania, Hersfeld algo más al norte); y por último, en el siglo XI, tras la decadencia de la cultura carolingia, en monasterios como Monte Cassino. Pero a mediados del siglo los *scriptoria* monásticos empezaron a perder peso en favor de las sedes catedralicias, de donde nacerían las primeras Universidades. Por otra parte, en Oriente, un papel semejante al desempeñado por el renacimiento carolingio en la transmisión de los textos latinos lo jugó (también en el siglo IX) en la conservación de los griegos el δεύτερος ἑλληνισμός («segundo helenismo») impulsado por el patriarca Focio. Sea como fuere, lo cierto es que durante el Renacimiento buena parte de los fondos monásticos y capitulares de Occidente y una cantidad cada vez mayor de códices griegos traídos de centros orientales fueron a parar, en Italia, a manos de los grandes señores y a las bibliotecas de sus pujantes ciudades (la Vaticana en Roma, la Laurentiana en Florencia, la Ambrosiana en Milán o la Marciana en Venecia). El afán de coleccionar manuscritos llevó a ilustrados como Poggio Bracciolini a la Europa central en busca de códices latinos y a otros como Emmanuel Chrysóloras o Janus Láscaris a Constantinopla a la caza de textos griegos. Un buen número de códices, que, después de siglos habían vuelto a Italia, habrían de regresar a bibliotecas del norte (Oxford, París, Leyden o Munich). No es, pues, de extrañar que muchos de los filólogos del XVIII estuviesen vinculados de alguna manera a determinadas bibliotecas o gozasen de un acceso privilegiado a los documentos: por ejemplo, Bentley, además de haber tenido a su disposición la Bodleian Library de Oxford mientras su discípulo Stillingfleet ejerció como obispo de Worcester, desde 1696 fue Bibliotecario Real; Winckelmann se encargó del cuidado

de los libros del conde Heinrich von Büneau; Angelo Mai fue bibliotecario de la Ambrosiana y de la Vaticana; Niebuhr, gracias a su condición de embajador de Prusia en Roma, pudo acceder a lo que solía estar vedado al común de los estudiosos.

La filología del XVIII, pues, tenía que leer unos textos que, partiendo de la Antigüedad, habían pasado por los monasterios medievales y por las seos, por los palacios de los príncipes renacentistas y por las grandes bibliotecas de Europa, textos que se habían copiado y se habían borrado, que se habían leído primero en rollo y en letra capital, y después en códices escritos en capital, en uncial, en minúscula y en cursiva antes de llegar a la imprenta. Esos textos también había que explicarlos.

III. LA EXPLICACIÓN DE LAS OBRAS Y DE SU ENTORNO HISTÓRICO.

Como la publicación de comentarios sobre los autores y sus composiciones es casi siempre una tarea inseparable de la edición de los textos, debemos considerarla un aspecto más del quehacer crítico, y por tanto quedará fuera de este apartado. En él, según dijimos, vamos a tratar, en conjunto, sobre las labores filológicas orientadas a la aclaración de los pasajes difíciles de los textos por su condición de literarios (segunda parte de la gramática de Dionisio) y sobre las destinadas a la dilucidación de las referencias a noticias externas a las obras contenidas en ellas (historias). Por supuesto que la historiografía es, ya desde la Antigüedad, una disciplina autónoma e independiente de la técnica filológica; así que a nosotros –es obvio– nos interesan sólo los estudios de historia antigua nacidos en los dominios de la filología clásica como herramienta útil para el entendimiento de las obras unas veces, pero otras simplemente como vía para el establecimiento de un saber sobre el mundo antiguo.

Durante el siglo XVII había predominado, sobre todo en Holanda, una historiografía anticuarista proclive a las grandes obras enciclopédicas, más interesada por el mundo romano que por el griego y vinculada todavía a la tradición cristiana. Esa línea erudita, que fue perdiendo vigencia a lo largo de la primera mitad del XVIII, dio paso, muy especialmente en Alemania, a una historia de carácter orgánico, secularizada, con aspiraciones científicas (de acuerdo con los nuevos preceptos ilustrados) y mucho más atenta al mundo griego. Con los ideales románticos de finales de siglo se abrirían camino las nuevas corrientes de corte nacionalista.

Dentro del grupo de los polígrafos de entre finales del XVII y principios del XVIII debemos referirnos al holandés Jacob Voorbrock, conocido como Perizonius, que en sus *Animadversiones historicae* (1685) fue el primero en señalar el carácter épico de los episodios heroicos de Tito Livio. Por eso se le considera precursor de Niebuhr, el iniciador de la crítica histórica moderna. Merece también mención su compatriota Jacob Gronovius por haber acometido en los quince tomos de su *Thesaurus Graecarum antiquitatum*, publicados en 1702, la ingente tarea de poner orden en la masa de datos acumulados desde la época de Erasmo. También entre los franceses hubo renombrados polímatas, como Montfaucon, autor de unas *Antigüedades explicadas y representadas en figuras*, una especie de diccionario en diez volúmenes (y cinco de suplementos). Por otra parte, la vertiente cristiana de esa historia erudita la encabezaron los benedictinos Jean Mabillon (a quien nos referiremos más adelante como fundador de la diplomática) con sus *Tratados de los estudios monásticos* (1691) y Lenain de Tillemont, que escribió en dieciséis volúmenes *Memoria para servir a la historia eclesiástica de los seis primeros siglos*. Tillemont fue el iniciador de los estudios de historia política y eclesiástica del Bajo Imperio Romano: su *Historia de los emperadores y otros príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia* (1732) le proporcionarían a Edward Gibbon el material básico para su nuevo ideal de historia romana. También el italiano Ludovico Antonio Muratori (que mantuvo correspondencia con Mabillon) escribió obras fundamentales

para el desarrollo de la historia de Italia, *Rerum Italicarum scriptores* (en veintiocho volúmenes), un conjunto de setenta y cinco disertaciones sobre cuestiones históricas varias titulado *Antiquitates Italicae medii aevi* (su obra maestra) y unos *Anales de Italia*, que se extendían hasta 1749. Entre los alemanes tampoco faltaron sabios polígrafos: Christoph August Heumann, además de haber almacenado una gran cantidad de datos e informaciones históricas de carácter diverso, se ocupó de materias de crítica y de cultura clásica, de teología y de filosofía.

Podemos considerar a la filología inglesa, encarnada en la incomparable figura de Bentley, como punto intermedio entre las dos referidas concepciones histórico-filológicas, la erudita del XVII y la ilustrada del XVIII. Por influencia suya la filología holandesa (siempre próxima a la británica) se fue haciendo más crítica y empezó a dedicar más esfuerzos al estudio del mundo griego: Tiberius Hemsterhuys, conocido de Bentley, era ya un experto en griego clásico y tardío, como Kaspar Valckenaer, autor de una obra esencial para el desarrollo de la historia de la literatura antigua, la monografía sobre el judío Aristobulo (del 150 a.C.). En ella demostró que Aristobulo, para apoyar su tesis de que las creencias monoteístas y la sabiduría de los griegos derivaban del *Pentateuco*, le había atribuido en falso unos versos a Eurípides y Calímaco.

Como hemos dicho, la reacción contra la historia de los doctos polímatas iba a nacer en Alemania: Johann Matthias Gesner, filólogo destacado de los inicios del neohumanismo, atacó en *Isagoge in eruditionem universalem* (publicada póstumamente en 1774) el *stupor pedagogicus* provocado en la lectura de los textos por las constantes referencias y observaciones pedantes de índole gramatical, formal y erudita. Frente a él Gesner quiso orientar su filología a la comprensión histórica, estética y formativa de los clásicos. Sus pasos habría de seguirlos Johann Joachim Winckelmann, el –por así decirlo– pionero de la *Altertumswissenschaft*. Su obra marcó hasta tal punto la cultura europea de la época, que Goethe llegó a definir el XVIII como el siglo de Winckelmann. Era el primero, tras Scaliger, en tratar la historia como un todo estructurado, global y compacto, como un testimonio del desarrollo del género humano. Más tarde, Wolf habría de aplicar el mismo patrón a su *Curso de historia de literatura romana*, donde los datos y referencias literarias no se analizaban aisladamente, sino como parte integrada en el conjunto de la historia de Roma. Winckelmann, como sus contemporáneos alemanes (Goethe o Wilhelm von Humboldt) se inclinaba más que a Virgilio a Homero, a «la noble sencillez y serena grandeza» griega. Aparte de haber adquirido un amplio conocimiento de literatura antigua, se había familiarizado con los aspectos técnicos de las artes plásticas a lo largo de sus conversaciones con artistas como Friedrich Oeser. De la poesía, la historia y la filología pasó al estudio del arte. En *Reflexiones sobre la imitación del arte griego en la pintura y la escultura*, de 1754, abordaba el problema central de la mimesis en la creación artística: el artista griego imitaba la naturaleza no por mera copia, sino por selección de rasgos de diversos objetos particulares presentados en un conjunto. En contraste con el culto moderno a la originalidad, le concedía gran valor a la mimesis tanto en la literatura como en el arte, pues consideraba que sólo mediante la imitación de las obras maestras antiguas podían crearse otras nuevas. Su *Historia del arte en la Antigüedad* (1764) hace derivar el desarrollo del arte de tres factores, clima, mentalidad y mesocracia. En la parte más destacada de la obra, la referida a Grecia, aceptó la división histórica propuesta ya por Scaliger: en consonancia con las cuatro épocas de la poesía, distinguió cuatro estilos diferentes en el arte griego: «antiguo» (el duro y rígido de época arcaica), «grande» o «sublime» (el angular de la edad de Fidias), «bello» o «gracioso» (el fluido de Praxíteles, Lisipo y Apeles y sus discípulos) y «de imitación y decadencia» (desde los sucesores de Alejandro hasta época romana).

A Winckelmann se le considera el fundador de la arqueología como ciencia (aunque el primero en llamar *archaeologia* o *archaeographia* a la rama de la filología que trata de los

monumentos de la Antigüedad fue el francés Jacques Spon). La abrumadora amplitud de sus conocimientos sobre arte antiguo le permitió, tras una obligada conversión a la doctrina católica, recibir el cargo de bibliotecario del Vaticano y director de la sección de Arqueología. Durante su vida en Italia logró clasificar una enorme cantidad de material arqueológico y pudo dedicarse al estudio de las excavaciones de Herculano y Pompeya y de las ruinas de Pesto y Agrigento. Fruto de estas investigaciones fue la publicación de *Monumentos antiguos inéditos* (1767-1768), que habría de constituir la base de la mitología monumental. Durante su estancia en Grecia tuvo ocasión de analizar los restos arqueológicos de Olimpia. En 1768, en Viena, la Emperatriz Maria Theresa le regaló unas monedas de oro extraordinariamente raras, cuyo valor habría de empujar a un codicioso cocinero italiano a asesinarlo durante su regreso a Roma. Otros arqueólogos habían precedido a Winckelmann, como el holandés de adopción Johann Georg Graevius, alumno del citado Gronovius y autor de *Thesaurus antiquitatum Romanarum* (1694-1699) en doce tomos y de *Thesaurus antiquitatum et historiarum Italiae* (1703) en quince. Pero serían muchos más los que habrían de seguir el camino abierto por la arqueología de Winckelmann, que ya empezaba a conformarse como una disciplina autónoma de la filología. Christian Heyne, concedor de las enseñanzas de Winckelmann, comenzó a interpretar los monumentos atendiendo a criterios históricos. Su alumno Jörgen Zoëga, filólogo danés, establecía en su monumental *Antiguos bajorrelieves romanos* unas normas fundamentales para la nueva arqueología: por ejemplo, que para poder identificar cualquier resto es preciso compararlo con todos los demás conocidos de su especie o que el arqueólogo clásico debe haber leído toda la literatura griega y romana. Pero formalmente la arqueología se emancipó de los estudios filológicos de la mano precisamente de filólogos, de filólogos nacidos a finales de siglo como Friedrich Welcker, Eduard Gerhard o Karl Müller, autor de un insustituible *Manual de Arqueología*.

Pero, bueno, volvamos a las investigaciones históricas. Dijimos que a finales de siglo (en el último tercio) empezaron a operar las ideas románticas, que gustaban de lo exótico y lo primitivo. Así, otro seguidor de Winckelmann, Johann Herder, uno de los neohelenistas más radicales a pesar de su pasión por las *Odas* de Horacio, admiraba –con razón se le ha considerado uno de los padres del romanticismo– la hermosura de las creaciones espontáneas y colectivas de los pueblos. Herder equiparaba la épica de Homero con el *Ossián* de Macpherson, las *Reliquias de poesía inglesa antigua* editadas por Percy, los *Edda* o los cantos populares conocidos desde 1770. Por otra parte, Heyne, que había heredado la dirección de esa especie de humanismo helenista encabezado por Winckelmann, comparó a los habitantes más antiguos de Grecia con los pueblos bárbaros y salvajes contemporáneos. De esa manera la etnografía abría un camino para la explicación de la prehistoria. En el mismo sentido, Niebuhr trató de entender la civilización de la Roma primitiva por analogía con las comunidades rurales de su país. Siguiendo a Scaliger y Wolf desarrolló su *Historia de Roma* integrándola en el conjunto del saber sobre el mundo antiguo. Su crítica histórica partía del análisis del texto de Tito Livio, la fuente principal para el conocimiento de la historia de Roma. Igual que Perizonius, consideró legendaria buena parte de la obra de Livio. La abundancia de digresiones filológicas y anticuaristas, por una parte, y su preferencia hacia la civilización romana, por otra, suponen, de alguna manera, el final del Neohelenismo.

Del mismo modo que Niebuhr descubría una mezcla de historia y leyenda en la descripción de Livio de la Roma primitiva, Karl Müller trató de entender la historia de las distintas razas griegas (eginetas, minios o dorios) a la luz del mito. La obra principal de Müller fue *Prolegómenos a una mitología científica*, donde se defendía la tesis de que los mitos ocultaban la historia antigua de los pueblos griegos. En los *Prolegómenos* hacía una crítica de las anteriores corrientes surgidas en el seno de los estudios mitológicos: el racionalismo de August Lobeck, la línea místico-simbólica de Friedrich Creuzer o los postulados de Heyne y

Hermann, que pretendían descubrir en el mito no un mundo de fábula, sino una reliquia de ciencia y filosofía del pasado. Reparando siempre en la diferencia de razas como medio para el entendimiento de la mitología, consideraba útil partir de la ubicación del mito, pues aspiraba a encontrar en los cultos locales el origen de su formación y el fundamento más seguro para comprenderlo, aunque, eso sí, teniendo en cuenta los procesos migratorios que afectaron a las distintas tribus. Por otra parte, tampoco confiaba en la aplicación del método comparatista a la mitología, como proponía Jakob Grimm. La interpretación del mito propuesta por Müller estuvo en boga a principios del XIX, hasta que se impuso la mitología comparada de Grimm, a la que, a su vez, desbancó la antigua teoría recuperada de la significaciones físicas de Heyne y Hermann, antes de que volvieran a ponerse de moda, otra vez, algo modificadas, las ideas de Müller.

Pues bien, además de las distintas maneras de acometer la explicación histórica expuestas (la erudita, la ilustrada y la romántica), hay que considerar también como factor de evolución de los estudios históricos otros condicionamientos internos, como el desarrollo de la propia disciplina: si los primeros estudios filológicos y de historia antigua se habían centrado en las respectivas épocas clásicas de Grecia y Roma, en la medida en que se acumulaba literatura sobre ellas, el ámbito de estudio se fue extendiendo progresivamente a terrenos menos trillados. En el mundo griego Heyne reconocía caracteres específicos en la época de Alejandro Magno, cuyos rasgos idiomáticos peculiares definiría Philipp Buttmann como *hellenistische Sprache* («lengua helenística»). La aplicación del adjetivo «helenístico» sobrepasó los límites de la lengua y se hizo de uso común para designar a todo un periodo histórico. No obstante, las obras maestras sobre la historia del helenismo no nacerían hasta el siglo XIX de la pluma de Johann Gustav Droysen. Por su parte, también el campo de la historia de Roma, se ensanchaba: el inglés Gibbon, quizás el mayor historiador del siglo, escribió, recogiendo, como hemos dicho, mucho material de la *Historia de los Emperadores* de Tillemont, una obra indeleble, *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*. Más allá, Friedrich von Schlegel estudió apasionadamente el Medievo, época en que descubría una combinación ejemplar de todas las actividades humanas enlazadas por un único principio religioso. Los límites de las investigaciones latinas habrían de quedar superados por la labor filológica de un estudioso nacido a finales de siglo, Friedrich Christian Diez. Se había formado en el seno de la filología clásica bajo la dirección de Welcker, pero, tras una conversación mantenida con Goethe, empezó a sentir una viva curiosidad por las lenguas romances y por la poesía trovadoresca: con la obra de Diez quedaba fundada una nueva disciplina, la filología románica.

IV. ESTUDIOS DE LEXICOGRAFÍA Y ETIMOLOGÍA.

La aclaración de los relatos extraños contenidos en las obras literarias (*historias*), que acabamos de examinar, era el cometido de la mitad de la tercera parte de la gramática de Dionisio: la otra mitad se ocupaba de la explicación de las palabras raras (*glosas*), en tanto que el estudio del origen de los vocablos constituía por sí sólo la cuarta. Puesto que muchos diccionarios son específicamente etimológicos y comoquiera que en la elaboración de glosarios y léxicos el dato referido al origen de los términos es un componente muy habitual, tratamos bajo un mismo epígrafe, según dijimos, la labor lexicográfica y etimológica.

Al hacer un recorrido (incluso desde la Antigüedad) por las obras de lexicografía hasta el siglo XVIII uno se sorprende de la escasez de producciones y, sobre todo, de la prolongada vigencia de las mismas. Indudablemente, la confección de un diccionario es una tarea complicada, laboriosa y que exige gran erudición (y mucho más, si se tiene en cuenta que hasta el siglo XIX no se impuso la costumbre de trabajar en equipo y que hasta bien entrado el XX no se empezaron a emplear medios automáticos de clasificación y almacenamiento). La dificultad,

por tanto, de las tareas lexicográficas es un factor que explica en parte la larga vida de los pocos diccionarios editados entre el XVI y el XVIII. Pero, si el *Linguae Latinae Thesaurus* publicado en 1531 por el gran impresor francés Robert Étienne fue insustituible hasta el léxico de Forcellini de 1771 o si el *Thesaurus Graecae linguae* elaborado por Henri Étienne II, hijo de Robert, sigue siendo actualmente uno de los más copiosos diccionarios de griego, se debe también, sin lugar a dudas, a que son obras sumamente útiles y de gran calidad: todavía hoy sigue vigente para el estudio de la retórica griega y latina el *Lexicon technologicum* de Christian Gottlieb Ernesti; todavía hoy en las estanterías de cualquier biblioteca universitaria se pueden consultar alguna de las innumerables reimpresiones de los *Glossaria ad scriptores mediae et infimae Latinitatis et Graecitatis* (1678) del francés Charles Du Cange, que basó su monumental obra glosográfica, en la lectura no de libros impresos, sino de una infinidad de manuscritos.

Ya en el siglo XVIII Johann Gesner, autor –dicho sea de paso– de un *Index etymologicus latinitatis*, sintió la necesidad de reformar y completar el lexicón de Robert Étienne: en 1726 publicó un *Thesaurus eruditionis scholasticae*, que amplió y dio a la imprenta en 1749 con el título de *Novus linguae et eruditionis romanae thesaurus*. Pero la gran obra de lexicografía latina del siglo saldría de la mano de Egidio Forcellini. Casi todos los diccionarios actuales de latín se basan en su *Totius Latinitatis Lexicon*. Mientras colaboraba con su maestro Jacopo Facciolati en la revisión del diccionario latino-multilingüe de Ambrosius Calepinus (del XVI), Forcellini concibió la idea de elaborar un lexicón renovado del latín. En 1718 empezó a leer sistemáticamente todas las obras de la literatura latina, incluyendo el cuerpo completo de inscripciones. Forcellini murió en 1768 sin llegar a ver publicados los cuatro volúmenes de su diccionario, el cual saldría a la luz tres años después en Padua (en 1828 James Bailey hizo una edición inglesa en dos tomos). En él se proporcionan, junto a la traducción al italiano, los equivalentes griegos de cada término, además de abundantes citas literarias.

Las primeras glosas de la historia de la filología, las de Filetas y las de Zenódoto, se habían compuesto, en el siglo III a.C., para facilitar el entendimiento del texto homérico: al renacer la pasión por la gran épica griega con el Neohelenismo alemán no podían faltar los glosarios referidos exclusivamente a la *Ilíada* y la *Odisea*. Christian Tobias Damm, el maestro de escuela que reconoció las extraordinarias dotes del joven Winckelmann, llamado Ὅμηρικώτατος («homeriquísimo»), fue autor de un diccionario etimológico sobre la obra del *poeta*. Más tarde, el gramático Phillip Buttmann, que continuaba la tradición de crítica homérica iniciada por Wolf, escribió, también sobre el vocabulario de Homero, su *Lexilogus*.

La lexicografía, que había nacido y se había desarrollado para la aclaración de los términos oscuros de las obras de la Antigüedad greco-latina, empezaba a ocuparse, además, de las palabras de las lenguas modernas: por ejemplo, la Real Academia Española, fundada en 1714, siguiendo la línea instaurada por el *Tesoro* de Covarrubias, publicaba el *Diccionario de Autoridades*; ya entrado el nuevo siglo Friedrich Diez sacaría a la luz un *Diccionario etimológico de las lenguas románicas*, en tanto que Jakob Grimm comenzó uno del alemán (interrumpido al final de la letra F), que incluía comentarios sobre etimología, historia y cuestiones lingüísticas.

En este apartado nos hemos referido principalmente a la producción lexicográfica, es decir, a la confección de glosarios y diccionarios; pero no podemos concluirlo sin antes pasar, aunque sólo sea de puntillas, por la edición de léxicos antiguos; y para ello es obligado hacer referencia a Bentley, quien, paradójicamente, no llegó a terminar su edición de los lexicógrafos griegos. Sin embargo, su sabiduría guió las ediciones y estudios de filólogos alemanes y holandeses: con su ayuda el germano Ludolf Küster editó la *Suda* y dejó preparado para la imprenta el texto de Hesiquio; gracias a él Hemsterhuys hizo la edición de Julio Pólux;

siguiendo su impronta, la tríada holandesa (David Ruhnken, Valckenaer y el citado Hemsterhuys) llevó a cabo un fructífero estudio sobre el conjunto de la lexicografía griega. Wyttenbach, continuando el camino iniciado por los holandeses, publicó una nueva edición de Hesiquio, de Focio y de la *Suda*, la cual volvería a editar, ya en el siglo XIX, (además del *Etymologicum maximum* y de los textos de los paremiógrafos) el británico Thomas Gaisford.

V. GRAMÁTICA TÉCNICA Y LINGÜÍSTICA.

En la gramática de los antiguos alejandrinos la analogía, el cálculo de proporciones, le brindaba al filólogo un criterio en virtud del cual poder emitir un juicio acerca de la corrección y autenticidad de las palabras de un texto: era una parte más de la técnica de leer y explicar las obras literarias. Sin embargo, ya en el propio *Arte gramatical* de Dionisio el apartado referido al estudio lingüístico estaba muy desarrollado y constituía un cuerpo algo independiente del resto de la disciplina: la gramática técnica desde la Antigüedad gozó de cierta autonomía, aunque siguió siendo una herramienta del filólogo. Ahora bien, la lingüística como «ciencia», nacida en el siglo XIX, no sólo se nutrió del caudal procedente de la filología, sino también de los aportes de la especulación lógico-filosófica, preocupada por determinar la naturaleza del lenguaje y por describir el aspecto físico de las lenguas vernáculas, y, muy especialmente, de la influencia de los métodos desarrollados por las ciencias de la naturaleza.

En el ámbito de la filología nunca se habían dejado de publicar manuales de griego y latín, pues eran instrumentos imprescindibles para la enseñanza de las lenguas clásicas. Hermann, que consideraba la tarea lingüística independiente de la interpretación filológica, se preocupó de conferirle a sus escritos gramaticales una terminología coherente basada en la lógica de Kant. Así pues, la producción de gramáticas específicas se había mantenido, alguna de las cuales aportaba cierta novedad, como la de Buttman, que contemplaba particularmente la variante del griego helenístico. Pero la contribución principal de los filólogos a los estudios de lingüística no radicó en la elaboración de manuales destinados al aprendizaje del griego o del latín, sino en la formulación rigurosa de los principios de la gramática comparada, a la que luego nos referiremos.

La vertiente filosófica, uno de los factores constitutivos –como hemos dicho– de la nueva lingüística, heredaba los planteamientos mantenidos por las dos principales corrientes de pensamiento del siglo XVII, el empirismo y el racionalismo. De un lado, el enfoque empirista, al hacer derivar todo posible conocimiento de las impresiones de los sentidos, privilegiaba el estudio de la fonética: John Wallis publicó en 1653 un *Tratado sobre el habla o sobre la formación de los sonidos del discurso* (ya desde la Edad Media, los estudios de fonética habían recibido el impulso de los Estados modernos, empeñados por necesidades prácticas y administrativas en fijar unas escrituras de las lenguas vulgares fieles a la pronunciación; y, además, la diferencia entre letra y sonido se había hecho más patente con la invención de la imprenta). Del otro lado, el racionalismo mantenía las tesis de la escuela de Port-Royal, que consideraban compatibles el principio de universalidad del lenguaje como manifestación de la razón y el de convencionalidad de los sistemas de las distintas lenguas particulares. Entre las ideas filosóficas y la técnica filológica, en las que creemos descubrir dos de los pilares sobre los que se asienta la lingüística del XIX, en ese territorio fronterizo entre filosofía y filología, se desarrollaron las obras del suizo Jean Le Clerc y del italiano Giambattista Vico: Le Clerc, con sus postulados a favor de una gramática geométrica, nos brinda un ejemplo de filología «filosofante», en tanto que en Vico, por el valor que le concedía a la autenticidad de los documentos y por el papel destacado que le atribuía al análisis etimológico como medio para penetrar en el pensamiento antiguo, podemos reconocer un caso de filosofía «filologizante». A pesar de la buena amistad que unía a Vico y Le Clerc, en cuanto a la concepción del lenguaje

discreparon: para el primero se trataba de una necesidad natural; para el segundo era el resultado de una convención entre hablantes.

El tercer factor que intervino en la gestación de la lingüística moderna lo constituye la imitación del modelo de las ciencias de la naturaleza, cuyos métodos se aplicaron sin reservas durante siglo y medio al estudio del lenguaje: las lenguas se concibieron como organismos vivos que nacen, crecen y mueren. De entre los influjos procedentes del mundo de las ciencias, especialmente relevante fue el de la anatomía de Georges Cuvier: ahora las distintas lenguas, como cuerpos constituidos por órganos, eran también susceptibles de comparación.

Comparar una lengua con otra es, por supuesto, una tendencia normal en cualquier hablante que domine más de una. Ya desde la antigüedad se reconocieron semejanzas entre palabras griegas como *ἑπτὰ* y latinas como *septem*. Pero, sorprendentemente, no tenemos constancia de que el parangón llegara nunca a establecerse más allá del nivel léxico. Más aún, ni siquiera en la modernidad se reconoció el parentesco morfológico entre lenguas muy próximas: Scaliger, que distinguió en Europa once «lenguas madres», no llegó a advertir relaciones más que entre palabras, y eso a pesar de que la gramática hebrea de Johannes Reuchlin, *De rudimentis linguae Hebraicae*, publicada en 1506, al dar cuenta de una lengua de estructura tan diferente, hubiera podido, por contraste, llamar la atención sobre las similitudes gramaticales entre las de origen indoeuropeo. Sin embargo, no fue así y siguió reinando la confusión en torno a las distintas familias de lenguas, hasta el punto de que se llegó a considerar el hebreo, el código de las Sagradas Escrituras, como la primera lengua del mundo y, contra toda evidencia, como madre de las demás. A finales del siglo XVII Leibniz puso en duda tal creencia y postuló una de las primeras clasificaciones de lenguas: semíticas frente a célticas y escíticas, que, a su vez, incluirían al griego, al latín, al germánico y al eslavo.

La caracterización y la comparación son tareas que se presuponen mutuamente. No es de extrañar, pues, que de la misma época de las primeras tentativas comparatistas date la famosa tipología diseñada en *Introducción a la lengua kauwi* por Wilhelm von Humboldt, la cual distinguía entre lenguas aislantes (como el chino y otras lenguas del sureste de Asia, en que las palabras son invariables y los accidentes de número, género, tiempo, etc. se expresan mediante morfemas independientes), aglutinantes (como el turco, en que se adhieren a la raíz afijos, de manera que una de sus palabras puede equivaler a una frase del español) y flexivas, ya sean flexivas sintéticas (como el latín, donde las funciones están marcadas mediante desinencia casual), ya flexivas analíticas (como el español, que utiliza gramemas independientes, preposiciones, para caracterizar las relaciones sintácticas).

Asimismo, en esta época, en el último cuarto del siglo XVIII, empezaron a salir a la luz diversos catálogos de lenguas del mundo: el de Lorenzo Hervás y Panduro comparaba, sobre la base del Padrenuestro, el vocabulario de muchas de ellas y añadía apuntes etnográficos; el del geógrafo Peter Simon Pallas sometía a estudio 285 palabras en 149 lenguas asiáticas y 49 europeas; el de Theodor Jankiewitsch de Miriewo, tomaba en consideración 164 lenguas asiáticas, 55 europeas, 30 africanas y 23 americanas. Pero el principio de la nueva lingüística empezaba a vislumbrarse en el rigor de las condiciones establecidas por Christian Jakob Kraus para una correcta comparación de lenguas: estudio de la fonética, del significado de las palabras, de la sintaxis y del entorno lingüístico. Además recomendaba exponer los resultados mediante una representación cartográfica, un atlas lingüístico. El método se iba refinando progresivamente, de manera que la idea de familia lingüística dejaba de ser una noción difusa: en 1781 Johann Christoph Adelung exponía en *Mithridates* criterios ya muy precisos para determinar los distintos grados de parentesco:

«Si dos lenguas concuerdan entre sí en sus elementos radicales, en las sílabas de su flexión y derivación, en su totalidad, es decir, hasta algunas excepciones particulares, y la diferencia

está sólo en las vocales [...] y consonantes emparentadas, entonces son meros dialectos la una de la otra [...]. Si se encuentran en las sílabas de la flexión y derivación notables diferencias, entonces son sólo lenguas emparentadas [...]. Modos totalmente distintos de derivación y flexión, y diferencia notable en las raíces y en su significación dan, en fin, lenguas más o menos distintas».

(ARENS, *op. cit.*, p 130)

Además de la introducción de los métodos comparativos importados de las ciencias naturales fue decisivo para el desarrollo de la lingüística moderna el estudio intensivo del sánscrito. Se tenía noticia de la lengua sagrada de las escrituras védicas desde que en el siglo XVI el literato y mercader italiano Filippo Sassetti trajera algunos textos a Europa. Se habían hecho ocasionalmente referencias a ella desde entonces; pero sólo en 1786 se llegó a un análisis verdaderamente novedoso de la lengua literaria de la India: Sir William Jones, obligado por su condición de magistrado supremo en Bengala a conocer las leyes hindúes, y por lo tanto a aprender sánscrito, llegó, a través del vocabulario y de la estructura gramatical, a establecer una comparación fundada entre la lengua literaria de los himnos de los Vedas y las lenguas clásicas, y a postular un origen común para ellas:

«El sánscrito [...] revela, tanto en las raíces verbales como en las formas gramaticales, una afinidad demasiado grande con esas lenguas para que pueda ser producto del azar; la afinidad es tanta que ningún investigador puede estudiar las tres sin llegar a la persuasión de que estas lenguas derivan de una fuente común que tal vez ya no existe. Existe un motivo similar, aunque no tan obligante, en pro del supuesto de que también el gótico y el céltico, a pesar de que se han mezclado con otra lengua, son del mismo origen que el sánscrito; y el antiguo persa podríamos, asimismo, adscribirlo a esta familia».

(ARENS, *op. cit.*, p 128)

Pero ni Jones ni Friedrich von Schlegel, quien en *Sobre la lengua y sabiduría de los indios* usó por primera vez el adjetivo «comparativa» para designar a la nueva gramática, han pasado por ser los padres de la gramática comparativa, cuyo nacimiento se ha hecho coincidir con el de la lingüística como «ciencia». A Franz Bopp, filólogo y lingüista alemán nacido en la última década del siglo, lo reconocieron sus contemporáneos (y la posteridad) como el fundador de la lingüística comparativa: con la publicación, en 1816, de *Sobre el sistema de la conjugación de la lengua sánscrita en comparación con los de la lengua griega, persa, latina y germánica*, Bopp, en lugar de consideraciones teóricas como las de Adelung o Kraus, conseguía probar que todas esas lenguas poseían una estructura común y que sus elementos materiales eran idénticos. Tres años después Jakob Grimm comenzaba a publicar su *Gramática alemana*: con ella se inauguraba la lingüística histórica, que habría de proporcionar, entre otras cosas, fundamento seguro a los estudios etimológicos, un fundamento basado en auténticas leyes de mutación... pero el desarrollo de estas nuevas gramáticas, de la nueva lingüística, emancipada ya de la filología, fue un logro del siglo XIX.

VI. CRÍTICA Y EDICIÓN DE TEXTOS.

La crítica de los poemas era la sexta y última parte (comprendía y presuponía las demás) de la técnica filológica de Dionisio, «la más hermosa de todas» según sus propias palabras. La crítica constituía la culminación del proceso filológico, era la fase en que, tras haber llevado a cabo una lectura cuidada y después de aclarar las construcciones difíciles propias de las producciones literarias, los vocablos raros y las alusiones a circunstancias y hechos ajenos al texto pero relacionados con él, el gramático, pertrechado de sus conocimientos etimológicos y lingüísticos, procedía a emitir un dictamen sobre la posible corrupción de las

palabras y los pasajes de las obras y sobre la autenticidad y filiación de las mismas. Pero, ¡jojo!, cuando hablamos de crítica y dictamen, en ningún caso nos referimos a una valoración de carácter estético, pues el gramático antiguo no se arrogaba la autoridad de emitir juicios sobre la calidad literaria de las composiciones, lo cual era competencia de los propios poetas y prosistas. La crítica de los poemas –insistimos– se limitaba a determinar qué partes de un texto eran originales de un autor y cuáles no, qué obras eran genuinas y cuáles espurias.

A lo largo de siglos de filología, se fueron perfilando técnicas para la corrección de los textos: las más frecuentes desde el Renacimiento fueron las llamadas *emendatio ope codicum* y *emendatio ope ingenii*: la primera trataba de restaurar un texto basado en un códice mediante una lectura tomada de otro; la segunda, hacía recaer en el buen juicio del filólogo, en sus cualidades adivinatorias, todo el peso de la interpretación y la enmienda. Y la razón de que se hubieran ido desarrollando recursos específicos para la corrección se debe, claro está, a que en una tradición manuscrita es imposible encontrar copias sin errores. Al referirnos a las dificultades que se le planteaban al lector de los textos antiguos, aludimos al uso de la *scriptura continua*, al déficit de signos de puntuación, a los cambios de soporte y de letra, a los traslados de los manuscritos y a los palimpsestos. Tales problemas de lectura, evidentemente, podían propiciar la introducción de errores en las copias. Pero, aparte de las citadas circunstancias específicas de la tradición textual y al margen de las posibles innovaciones introducidas en los textos no por accidente, sino por la acción intencionada del escriba, en cualquier acto de copia a mano se producen, con cierta frecuencia, errores. Unos tienen que ver con la calidad del modelo y otros con la profesionalidad del amanuense. Bueno, pues, aunque en principio pueda parecer que tales yerros son de naturaleza aleatoria y caprichosa, a poco que uno reflexione acerca de los que comete mientras escribe, sobre todo si está copiando, reconocerá que obedecen a unas razones determinadas y que, en consecuencia, se pueden ajustar a una clasificación precisa. Para determinar con exactitud la naturaleza del error, debemos tener bien claro qué operaciones constituyen el proceso de copiado: en primer lugar, se lee un fragmento (perícopa), que, acto seguido, se memoriza; luego, el fragmento en cuestión se lo dicta uno a sí mismo, generalmente en silencio; después, lo transcribe, para, por último, volver al modelo. La primera parte del proceso varía si la copia se hace al dictado, en cuyo caso los posibles errores, en vez de ser de origen visual, serán de naturaleza auditiva. Pues bien, en cada una de las cinco operaciones descritas el tipo de error varía, pero siempre dentro de cuatro clases: adición o *adiectio* (*ferre retulisset* por *ferre tulisset*); omisión o *detractatio* (*non legis; ut [...]* por *non legis sed libidinis tuae, fac tamen legis; ut [...]*); alteración del orden o *transmutatio* (*leti* por *teli*), y sustitución o *immutatio* (*femina* por *semina*).

Podríamos pensar que, como la inmensa mayoría de los errores citados parten de la condición manuscrita de la copia, desde finales del siglo XV, con la progresiva implantación de la imprenta de tipos móviles, la labor crítica sobre los textos ya no tenía sentido. Sin embargo, eso no es así: efectivamente, el texto impreso garantizaba la conservación de las obras con una casi absoluta fidelidad en la reproducción, pero el nuevo invento, como todas las innovaciones técnicas, produjo también unos efectos perversos, en algunos casos devastadores: las primeras oficinas tipográficas basaron las ediciones de cada texto clásico en uno solo de los códices (generalmente de los humanísticos) en circulación, sobre el que se practicaban unas pocas enmiendas de acuerdo con algún que otro manuscrito. Comoquiera que el texto impreso adquirió pronto gran autoridad, las *editiones principes* se convirtieron en auténticas vulgatas (en ocasiones incluso se descuidó la conservación de los códices en los que se habían basado las impresiones y, en consecuencia, muchos se perdieron). Por ejemplo, la edición católica del *Nuevo Testamento* griego de 1551, aquella en la que Robert Étienne con la ayuda de Erasmo estableció la división de los κεφάλαια o *capitula* en τμήματα o *sectiunculae* (versículos), la copiaron todas las tipografías europeas, se convirtió en versión oficial, fue el *textus receptus*,

sacrosanto y casi intocable, reproducido innumerables veces hasta la edición de Lachmann de 1831. Así que la difusión impresa de los clásicos no fue más que otro de los avatares sufridos por las obras de la antigüedad y no proporcionó ediciones lo suficientemente fiables de las que pudieran partir otras nuevas. La labor crítica siempre, antes y después de la imprenta, ha sido un recorrido inverso al curso de la tradición textual, un desandar el camino seguido por las obras desde su creación: la aspiración, el ideal de la crítica, consiste en restituir el texto a su estado de origen. Pero los métodos utilizados para ello se fueron depurando, como hemos dicho, y ampliando.

La línea de estudios especulativos iniciada a mediados del siglo XVI por Francesco Robortello y continuada en el primer tercio del XVII por Gerard Vossius la siguió Jean Le Clerc, quien en 1697 publicó *Ars critica*, un tratado teórico sobre crítica textual (además de haber llevado a la práctica sus métodos en varias ediciones griegas, como la de la *Teogonía* de Hesíodo). En la tercera parte de su libro proponía ciertas reglas para juzgar sobre la autenticidad de una obra y para identificar las interpolaciones y los pasajes corruptos. Les atribuía los errores de los textos antiguos a cuatro factores: los editores, los críticos, los escritores o el tiempo. Concebía la filología como criba mental aplicada a los textos y como «arte de entender a los antiguos poetas y prosistas, de discernir entre sus escritos los auténticos de los espurios, los antiguos de los más recientes», para lo cual consideraba imprescindible llevar a cabo una correcta descripción y datación de los códices.

Uno de los instrumentos más eficaces al servicio de la crítica textual lo proporcionó la diplomática, la disciplina que se ocupa de determinar la fecha y la autenticidad de los documentos latinos antiguos en función de su forma. El término «diplomática» es prácticamente sinónimo de «documental», ya que los documentos romanos solían confeccionarse en forma de diploma, es decir, de «objeto doblado», de díptico. La obra fundacional de estos estudios la publicó Jean Mabillon en 1681, *De re diplomatica libri sex*. Junto con el *Supplementum* de 1706 representaba la reacción de la orden benedictina de san Mauro frente a «Propyleum antiquarium circa veri ac falsi discrimen in vetustis membranis», la introducción que Daniel van Papenbroeck le había añadido al segundo tomo de Abril de 1675 de los *Acta sanctorum*, colección auspiciada por los jesuitas holandeses. En ella Papenbroeck sostenía que la mayor parte de los documentos papales y de los reyes merovingios cursados en favor de la abadía benedictina de Saint-Denis eran falsificaciones. La respuesta de Mabillon, basada, de un lado, en el examen de una infinidad de documentos clasificados por cancillerías y por épocas y, del otro, en un detallado análisis de los tipos de escritura, tanto librarias como documentales, y en datos sigilográficos, fue tan contundente que despertó la admiración del propio Papenbroeck. La obra de Mabillon habrían de continuarla entre 1750 y 1765 René Prosper Tassin y Charles Toustain en el *Nuevo tratado de diplomática*, que venía a ampliar y precisar el método de la disciplina, siguiendo, por cierto, el modelo de clasificación en géneros y especies de Linneo. El análisis de los tipos de escritura, que, como hemos dicho, era una herramienta al servicio de la diplomática, ya constituía el centro de la obra del también benedictino Bernard de Montfaucon. En *Paleographia Graeca* (1708), además de haber bautizado la disciplina dedicada al estudio de las escrituras antiguas, establecía los principios metodológicos del análisis de las griegas y proporcionaba, a pesar de no haber tenido a su disposición tantos códices griegos como Mabillon latinos, una lista de 11.630 manuscritos. En *Bibliotheca Coisliniana* (1715) Montfaucon llevaba a cabo la primera descripción sistemática de una colección completa de manuscritos. Scipione Maffei, por su parte, había pasado años dedicado al estudio de los conservados en la Biblioteca Capitulare de Verona. Partiendo del examen de un gran número de ellos, acertó a explicar el origen de las distintas variantes de escrituras latinas medievales. Mabillon había distinguido, dentro de las librarias, cinco tipos independientes: la gótica, la sajona, la longobarda y la merovingia frente a la romana. Maffei se

dio cuenta de que los cuatro primeros procedían todos de un único tronco común, de la romana en sus tres modalidades tardías, mayúscula, minúscula y cursiva. Aunque su teoría no recibió la aprobación de sus contemporáneos, sentaba las bases de la paleografía moderna. El gran servicio que ambas disciplinas, nacidas para la certificación de la autenticidad de los documentos eclesiásticos, la diplomática y especialmente la paleografía, podían prestarle a la crítica textual eran evidentes. Es más, muchas consideraciones de carácter paleográfico forman parte del cuerpo teórico de la crítica textual moderna: no es posible, sin la ayuda de la paleografía, explicar la naturaleza de muchos de los errores de los códices (y, por tanto, subsanarlos) ni reconstruir la historia de los textos.

Los métodos empleados para datar los manuscritos con exactitud y para distinguir los buenos de los malos habían mejorado tanto que la fe en los códices llegaba en algunos casos a ser ciega: en ocasiones se prefería editar un texto con lecturas claramente erradas antes que contradecir la autoridad de la tradición manuscrita. Se hacía necesario ponerle un contrapeso al valor de su testimonio. Y tuvo que salir de la pluma de uno de los gigantes de la filología, de un estudioso provisto de la seguridad propia del erudito del XVII y de la racionalidad característica del ilustrado del XVIII, tuvo que salir de la pluma de Richard Bentley, una sentencia tan eficaz como sencilla (¿hay algo más difícil que descubrir lo fácil?): «para nosotros tanto la razón como la materia misma [del libro] valen más que cien códices». Desde luego, no era la primera vez que se le concedía a la razón un papel relevante en la crítica de los textos: sin ir más lejos el español Juan Ginés de Sepúlveda, en el siglo XVI, había afirmado: «para mí la muy fiable razón siempre estará por encima de todos los comentaristas o intérpretes». Pensar en que la razón puede descubrir errores en las copias o en las interpretaciones parte, evidentemente, de la concepción de una obra literaria ideal, la cual el crítico estaba en condiciones de reconstruir en virtud de su capacidad para saber, como afirmaba Hermann, qué era lo que debía decir el autor. Ahora bien, una confianza excesiva, sin limitaciones, en las capacidades propias del crítico era tan arriesgada como tímida la fe en la autoridad de los códices. Los manuales suelen citar la famosa declaración de Bentley como prueba de su sagacidad interpretativa, pero casi todos – observa Pfeiffer– omiten el final de la frase: «especialmente, si se añade la confirmación de un [código] vaticano viejo». Es decir, que Bentley, prudentemente, trataba de encontrar una componenda entre las dotes adivinatorias racionales y el apoyo de los documentos. Sin embargo, a pesar de que su crítica conjetural no tiene parangón en siglos de filología, cometió – según veremos en breve– sonados excesos, al no haber contemplado, como recursos para el análisis crítico, ni la historia de los textos ni el estilo de la época y del autor.

Dos décadas después, Heumann fundamentaba su teoría sobre la crítica en unos nuevos postulados: su *Commentatio de arte critica et speciatim de arte therapeutica* hacía precisamente del estilo el criterio principal para la decisión sobre la autenticidad de los pasajes y la mejor guía para proponer enmiendas sobre los mismos. Aunque en términos generales compartía el precepto que le aconsejaba al crítico servirse de los manuscritos más antiguos, entendía que en ocasiones un código más reciente podía ofrecer una lectura acertada. También Ruhnken teorizó sobre crítica textual, un arte que, constituido por la *emendatio* y la *interpretatio*, servía, según él, para aclarar el sentido oscuro de los escritores antiguos. La interpretación debía basarse, ante todo, en las observaciones históricas, cuyo testimonio se había de anteponer a la autoridad de los códices.

Mención aparte entre los teóricos de la crítica textual merece el alemán Johann Albrecht Bengel, uno de los más reputados editores y comentaristas bíblicos. Bengel observó que los numerosos manuscritos conservados del *Nuevo Testamento* griego podrían muy bien clasificarse de acuerdo con un criterio genealógico. Para ello propuso que los distintos códices se ordenaran en lo que llamó *tabula genealogica*, un instrumento muy útil para la clasificación y estimación crítica de las variantes. Su método es el fundamento del *stemma codicum*, la

representación en forma de árbol utilizada para esquematizar el parentesco entre los diferentes manuscritos de una misma obra. La confección del *stemma codicum* se generalizó a partir del siglo XIX: el primero de ellos lo añadió Karl Zumpt (el que le dio ese nombre de «corona de códices») en 1831 a su edición de las *Verrinas* de Cicerón, pero el más conocido de cuantos jamás se hayan dibujado lo elaboró Jakob Bernays en 1847 para su edición de Lucrecio. Basándose en él, Lachmann, en la introducción a la suya de 1850, llegó a precisar, para asombro de la comunidad filológica, el tamaño de las páginas y el número de líneas de cada una de las que constituían el arquetipo del que debieron de derivar las copias conservadas del *De rerum natura*.

Todas las formulaciones teóricas sobre crítica textual que hemos descrito partían de la reflexión sobre la práctica, de la propia experiencia de los filólogos: no eran desarrollos independientes de la actividad crítica y, con frecuencia, acompañaban a las publicaciones de los textos de los autores. Por ejemplo, Bentley introdujo su brillante edición de Terencio de 1726 con un tratado sobre la métrica del comediógrafo, «De metris Terentiani σχεδίασμα», en el que se recogían numerosas anotaciones sobre los metros usados por otros dramaturgos, se aclaraba el sistema de versificación del latín arcaico y se distinguía con nitidez la métrica latina de la griega en función de la influencia del acento. En la *Epistula ad Ioannem Millium* de 1691 explicó la estructura del dímeter anapéstico, cuya ley esencial ningún filólogo moderno había alcanzado a descubrir. Su dominio del verso grecorromano lo llevó a veces a cometer excesos, como cambiar cerca de mil lecciones de la tradición terenciana (aunque también le permitiera explicar definitivamente el verso de la inscripción del coloso de los naxios en Delos, un trímetro yámbico, por cierto, bastante malo). También fue un experto en métrica Richard Porson, continuador de Bentley en Cambridge: de hecho se le recuerda siempre por la famosa ley sobre el trímetro yámbico que lleva su nombre. Sus investigaciones acerca de la tragedia griega, sólo superadas por las de Hermann, iniciaron en Inglaterra una tradición de estudios griegos, particularmente dedicados al teatro.

Porson gozaba del don adivinatorio propio del buen crítico: en sus *Cartas a Travis* demostró, con un despliegue extraordinario de erudición que mereció el elogio de Gibbon, la falsedad, tal como habían sugerido Erasmo y Bentley, del *Comma Ioanneum*, un pasaje dudoso de la primera carta de Juan (5.7, 8). Ya hemos aludido a la lucidez de la monografía de Valckenaer sobre el judío Aristobulo, otro ejemplo de crítica conjetural basada en una sólida formación literaria. Tanto Porson como Valckenaer seguían los pasos de Bentley, el filólogo adivino por excelencia: en la citada *Epistula ad Ioannem Millium*, una obra tan cargada de erudición lingüística, histórica, métrica y literaria como amena y agradable, Bentley introdujo numerosas correcciones al texto del cronista bizantino Johannes Malalas (de la segunda mitad del siglo VI p.C.) para la edición de John Mill, a la vez que ofrecía explicaciones y correcciones a otros autores de primera fila: por ejemplo, gracias a sus conocimientos sobre tragedia griega era capaz de reconocer en la alusión de Malalas a Pasífae el título de una tragedia de Eurípides, *Los cretenses*, de identificar bajo el nombre de un tal Minos al dramaturgo Ión de Quíos o de demostrar que una cita de Sófocles (fr.1126 de Pearson), al contener un hebraísmo tomado del *Antiguo Testamento*, tenía que ser espuria. No menos agudeza se percibe en su *Disertación sobre las epístolas de Fálaris*. Bentley demostró, frente a quienes defendían su autenticidad y calidad literaria, que las cartas atribuidas al tirano de Agrigento eran una falsificación, como ya había sugerido Poliziano, torpe y carente de todo valor artístico, escrita probablemente en época de la Segunda Sofística. Las pruebas aportadas por Bentley eran irrefutables: no había constancia de las cartas en ningún texto anterior a la *Antología de Estobeo* (del siglo V p.C.), contenían citas de Demócrito y Demades, autores posteriores a la época de Fálaris, y, además, no estaban escritas en dialecto dórico, sino en ático y, para colmo, tardío. La contundencia de tales argumentos y el despliegue de erudición exhibido dejaban clara su primacía entre los

filólogos de Europa. Aquella habilidad para distinguir lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo adulterado, se volvió a poner de manifiesto en sus análisis de las cartas de Temístocles, Eurípides y los socráticos, pero, sobre todo, en la edición de un texto tan difícil como los *Astronomica* de Manilio (1739). Sin embargo, quizás le sobraba seguridad en sí mismo y le faltaba sentido poético. Por eso su edición de Horacio de 1711 adolece de un marcado hipercriticismo. Desde luego, no llegó al extremo de Pieter Hofman Peerlkamp, quien declaró espuria casi la totalidad de las *Odas*; pero en muchas de las numerosas variantes que propuso, demasiado prosaicas, se equivocó.

En cambio, sus tentativas de crítica bíblica estuvieron guiadas por una gran prudencia. En *Propuesta para una edición del Nuevo Testamento* (1720) afirmaba: «no cambiaré una sola palabra por mi propio entendimiento sin tener en cuenta la autoridad de estos viejos testimonios». Las condiciones para la edición proyectada eran óptimas: en Inglaterra se guardaban códices bíblicos muy antiguos, que se podrían colacionar con otros similares conservados en distintas bibliotecas europeas. Además, pretendía cotejar todo ese material con versiones orientales y con las citas más antiguas de los Padres de la Iglesia. Es más que probable que en este terreno Bentley hubiera tomado buena nota de los principios expuestos en *Historia crítica del Antiguo Testamento* (1678) e *Historia crítica de los textos del Nuevo Testamento* (publicada a partir de 1689), obras de Richard Simon, el fundador de la crítica bíblica. Tras una visita de Wettstein, el plan de Bentley quedó diseñado: no publicaría el *textus receptus* provisto del monstruoso aparato crítico habitual, sino la versión restaurada más antigua de las conocidas, la del siglo IV (época del Concilio de Nicea). Pero Bentley, a pesar de haber estado recogiendo testimonios y datos durante veinte años (para lo que contó con la colaboración de, entre otros, los benedictinos franceses), nunca llegó a dar forma a su propuesta de *Nuevo Testamento*.

Tampoco llevó a la práctica su proyecto de editar los textos homéricos; pero conservamos sus notas al respecto manuscritas en los márgenes de la edición de Henri Étienne, además de unos apuntes sobre los cuatro primeros cantos de la *Iliada* y unas observaciones referidas a su descubrimiento más importante en el campo de la épica griega, la digamma. Bentley, partiendo de un análisis de los hiatos, dedujo que la tradición homérica establecida en época alejandrina ofrecía unos textos fonémicamente modernizados: ninguno conservaba la digamma, una letra, arcaica en época helenística pero imprescindible para la correcta lectura de los hexámetros, que representaba un fonema de pronunciación parecida a la de la W inglesa. Bentley sabía de ella por los gramáticos antiguos y por el testimonio de algunas inscripciones. En las citas a Homero contenidas en su edición del *Paraíso perdido* de Milton, la imprimió en forma de F latina mayúscula. Nunca antes se había osado restablecer un texto homérico distinto de la vulgata alejandrina. Muchos filólogos creyeron un anacronismo o sin más un error la introducción de la fantasmal digamma en los versos de la *Iliada* y la *Odisea*, entre ellos Wolf que la consideraba un «capricho senil de la inteligencia de Bentley». Sin embargo, estudios lingüísticos posteriores vinieron a confirmar la conjetura del sabio inglés e incluso algunos filólogos, empezando por Bekker, las añadieron en sus ediciones de Homero.

No era precisamente la épica griega muy del gusto de Bentley, que prefería «el buen sentido y las medidas proporcionadas» de la *Eneida* de Virgilio. La poesía latina mantuvo su primado hasta el primer tercio del siglo XVIII. A partir de entonces empezó a surgir, sobre todo en Alemania, un auténtico furor por lo griego, ese movimiento que se conoce como Neohelenismo: hasta prácticamente el final de la centuria es difícil encontrar una edición latina destacable. La confluencia de esa corriente neohelenista con el caudal aportado por los estudios sobre poesía popular, tan estimada por los románticos (ya hemos comentado cómo Herder parangonaba la épica de Homero con la escocesa del *Ossián*, con la islandesa de los *Edda*, con las *Reliquias de poesía inglesa antigua* y, en general, con las producciones colectivas y

anónimas) suscitó una curiosidad creciente por las epopeyas griegas: había quedado abierta la senda hacia los estudios homéricos superiores. Dos publicaciones están en el origen de los *Prolegomena ad Homerum* de Wolf, la obra inaugural de las investigaciones sobre la composición de la *Ilíada* y la *Odisea*: la primera, la del británico Robert Wood, *Ensayo sobre el genio y obras originales de Homero* (1769), que obtuvo un extraordinario éxito entre los estudiosos alemanes, planteaba la imposibilidad de entender los poemas de Homero como un producto de la escritura; la segunda, la edición del *Codex Venetus A* de Villoison presentaba el texto homérico e incluía por primera vez los escolios de los gramáticos antiguos. Partiendo de ellas Wolf escribió sus *Prolegomena*, un tratado breve pero de enorme influencia en el ámbito de la filología clásica. Frente a Bentley, proponía restablecer la vulgata de los gramáticos alejandrinos del siglo III a.C.; pues no consideraba posible reconstruir el texto original. Intentó probar la tesis de que la *Ilíada* y la *Odisea* no eran obras de un solo poeta, sino de generaciones de rapsodos. Pero Wolf partía de una premisa errónea: creía que en época de Homero los griegos no conocían la escritura y, en consecuencia, la poesía debería haberse transmitido oralmente. Apoyaba sus planteamientos en la interpretación de determinados datos históricos y, sobre todo, en algunas observaciones sobre la falta de unidad de la *Ilíada*, constituida por una sucesión de aventuras. Además señalaba varias incongruencias en el orden (por ejemplo, que un héroe muerto en un canto reapareciera luchando en otro posterior) apuntadas ya por filólogos anteriores, como François Hédelin d'Aubignac en 1664. Wolf propuso la tesis de que los núcleos originarios se habrían transmitido oralmente por medio de aedos y rapsodos, en tanto que su forma unitaria sería obra de varios poetas posteriores; pero no apoyó esas afirmaciones sobre el origen y el autor de la *Ilíada* y la *Odisea* en ninguna demostración concluyente. Sin embargo, *Prolegomena ad Homerum* no fue una obra filológica más: su gran valor radicaba, por una parte, en haber intuido un trasfondo oral en la gran épica griega y, por otra, en haber aportado el modelo de un método eficaz consistente en seguir el rastro de un mismo texto en distintos momentos históricos. Con todo, algunos autores, como Heyne, que reconocía en la unidad de las epopeyas el genio de un solo artista, no asumieron los postulados de los *Prolegomena*. Otros se situaron en un espacio intermedio, como Hermann, quien en *Sobre la interpolación de Homero* consideraba al poeta como autor del germen de cada obra, a partir de los cuales la labor de los aedos y rapsodos les habría conferido su forma actual. Con el tratado de Wolf, lejos de quedar resuelta, daba comienzo eso que se ha dado en llamar «cuestión homérica».

Karl Lachmann en *Consideraciones sobre la Ilíada* (1847) trató de completar las investigaciones iniciadas en los *Prolegomena*. Sostenía que el poema era fruto de la unión de unos dieciséis núcleos originales independientes. Su teoría, denominada por los manuales «de los cantos» o «de los cantos dispersos», está hoy en día prácticamente desechada. Desde luego, no es el estudio sobre la *Ilíada* su labor filológica más conocida: la gran obra de Lachmann, aquella por la que se consideraba y lo consideramos legítimo sucesor de Bentley, fue el desarrollo del método de la nueva crítica textual (expuesto detalladamente en los prólogos a sus ediciones de Lucrecio y del *Nuevo Testamento*). El método distinguía claramente la *recensio* de la *emendatio*. La primera fase, la *recensio*, consistía en el acopio y análisis exhaustivo, desprovisto de toda interpretación, de cada uno de los testimonios de una obra, con el fin de determinar su parentesco y reconstruir el *archetypus* medieval. La elaboración del *stemma codicum*, desde su generalización, culminaba esta fase. La segunda parte del juicio crítico, la *emendatio*, estaba destinada a subsanar, sirviéndose de la interpretación, las lecturas erróneas cuando la *recensio* no había aportado un texto convincente. El método de Lachmann, con algunos retoques y añadidos, está en la base de casi todas las ediciones críticas actuales. Pero, bueno, no sigamos adelante; pues Lachmann nació en 1793 y es, por tanto, un filólogo del siglo XIX: su renovado interés por la poesía latina respondía al gusto del XIX; su edición del *Nuevo*

Testamento era tan del XIX como la de Brooke F. Westcott y Fenton John A. Hort; su filología crítica se basa en el cotejo y el estudio de la transmisión de los códices como las lingüísticas, decimonónicas, de Grimm y de Bopp en la comparación y en la historia de las lenguas. Del siglo de su infancia le quedaba sólo (¡que se dice pronto!) el saber y saber hacer legado por sus maestros.

VII. CONCLUSIÓN: HUMANISMO Y PEDAGOGÍA.

Muchas fueron las investigaciones, como se habrá ido observando a lo largo de la exposición, que, iniciadas durante el XVIII, culminaron en el siglo siguiente: al tratar de los textos y su lectura, aludimos a los escasos papiros hallados antes del XIX, antes de que se emprendiera una búsqueda planificada y sistemática, así como al desarrollo de técnicas avanzadas para lograr leer las estructuras inferiores de los numerosos palimpsestos que se iban descubriendo. En el ámbito de los estudios históricos, conviene señalar que tres de las grandes obras de historia antigua, las del helenismo escritas por Droysen y la de Mommsen, la romana, salieron de la imprenta entre 1836 y 1885, que fue, por otra parte, un periodo de esplendor para la arqueología: Ernst Curtius comenzaba a excavar el suelo de Olimpia y Heinrich Schliemann sacaba a la luz los restos de Micenas, Orcómeno, Tirinto y de lo que creyó era Troya. En el tratamiento de los estudios de lexicología comentamos de pasada que Egidio Forcellini había llevado a cabo prácticamente en solitario la ingente tarea de confeccionar su *Totius Latinitatis Lexicon*: el trabajo en equipo fue también una innovación metodológica del XIX. Ya hemos descrito, en el apartado anterior, cómo la crítica textual, igual que la lingüística moderna, alcanzaron en el XIX un florecimiento sin precedentes. Y, en fin, sin ir más lejos, los filólogos que nos sirvieron para ejemplificar aquellas dos formas antagónicas de entender la disciplina, Hermann y Boeckh, vivieron la mayor parte de sus vidas en el nuevo siglo.

¿Debemos entonces pensar que la filología del XVIII adquirió sentido pleno en el siglo siguiente? Pues en parte sí: de ella podríamos decir lo mismo que se ha dicho de Wolf, a saber, que su gran obra fueron sus alumnos. Hasta cierto punto la revolución humanística de la que hablaba Pfeiffer era una revolución pedagógica, una revolución basada en la filología como instrumento al servicio de la educación: así como Petrarca creía que la actividad filológico-literaria le añadía al estudioso condición de hombre, humanidad, así como Erasmo consideraba que la piedad se fortalecía con el estudio de la antigua *humanitas*, así también los filólogos del XVIII descubrían en la disciplina que profesaban y en los resultados de la misma cualidades formativas de índole cívico-moral, intelectual o estética: su filología humanista no se agotaba en el objeto de estudio, sino que estaba, en buena medida, vuelta hacia el investigador o el estudiante. Gesner en la ya citada *Isagoge in eruditionem universalem* recomendaba fomentar el estudio de los clásicos con vistas a la instrucción del espíritu de los jóvenes: gracias a la lectura de las obras clásicas el educando entraba en comunicación con los genios más brillantes de la Historia y, además, obtenía un disfrute cargado de potencialidades educativas. También Heyne reconocía en el valor estético de las letras una virtud salutífera para la vida pública. Por su parte, Wolf siempre pensó (como leemos en *Exposición de la Ciencia de la Antigüedad*) que «el arte de interpretar las reliquias del pasado actúa sobre nuestra educación, ampliando nuestro campo visual, [...] disponiendo nuestra alma para la apertura de horizontes y para los más altos vuelos [...]». Por eso puso todo su empeño en que el gobierno prusiano llevara a cabo mejoras en los estudios de filología, tales como potenciar el aprendizaje del griego o separar las enseñanzas teológicas de las filológicas. En 1787 creó un seminario especial destinado a formar en el campo de las ciencias de la antigüedad a los profesores de enseñanza secundaria, el Seminario Filológico que tanto estimaba. Los proyectos de Wolf habría de institucionalizarlos

Wilhelm von Humboldt, quien como Ministro de Educación de Prusia fundó la Universidad de Berlín y el *Gymnasium* humanístico.

En suma, la pedagogía, la lectura de los clásicos en el ámbito escolar y universitario como medio óptimo de formación, era uno de los objetivos principales de la filología del XVIII. Si recapacitamos sobre el tipo de educación que promovía la política cultural de la época, no nos resultará difícil de imaginar a qué ideal de hombre, a qué modelo de nación, aspiraba el siglo de la Revolución Humanística; y del mismo modo (dicho sea de paso), con sólo echar un vistazo a los actuales planes de estudio de cualquier país desarrollado, con sólo asomarse a las aulas, por ejemplo de nuestros institutos y universidades, podemos adivinar sin mucho esfuerzo qué futuro tienen diseñado los grandes capitales que hoy gobiernan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- H. ARENS (versión de J.M. DÍAZ REGAÑÓN), *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Gredos, Madrid 1975 (citado por SZEMENÉNNYI).
- A. BERNABÉ, *Manual de crítica textual y edición de textos griegos*, Ediciones Clásicas, Madrid 1992.
- E. BICKEL, *Historia de la Literatura Romana*, Gredos, Madrid 1982.
- A. BLECUA, *Manual de crítica textual*, Castalia, Madrid 1983.
- A. BOECKH, *La filología come scienza storica*, Guida editori, Nápoles 1991 (=1886).
- A. CANELLAS, «Paleografía y bibliología», *Métodos de estudio de la obra literaria*, Taurus, Madrid 1985.
- H. ESCOLAR, *Historia universal del libro*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1993.
- W. KROLL, *Historia de la Filología Clásica*, Barcelona-Buenos Aires, 1928.
- A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid 1982.
- L. NÚÑEZ CONTRERAS, *Manual de Paleografía*, Cátedra, Madrid 1994.
- R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, Gredos, Madrid 1981 (=1968).
- R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica desde 1300 a 1850*, Gredos, Madrid 1981 (=1976).
- L.D. REYNOLDS -N.G. WILSON, *Copistas y filólogos*, Gredos, Madrid 1986 (=1968).
- G. RIGHI, *Historia de la Filología Clásica*, Labor, Barcelona 1967.
- E. RUIZ, «Crítica textual. Edición de textos», *Métodos de estudio de la obra literaria*, Taurus, Madrid 1985.
- O. SZEMERÉNYI, *Introducción a la lingüística comparativa*, Gredos, Madrid 1978.
- N.G. WILSON, *Filólogos bizantinos*, Alianza Editorial, Madrid 1994 (=1983).
- J. WINCKELMANN, *Reflexiones sobre la imitación del arte griego en la literatura y la pintura*, Península, Barcelona 1987 (=1754).
- J. WINCKELMANN, *Historia del arte en la Antigüedad*, Ediciones Folio, Barcelona 2002 (=1764).
- F. WOLF, *Prolegomena to Homer*, Princeton University Press, 1988 (=1795).